



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

El renacimiento

Daniel González Delgado



DIPLOMA 2018

El renacimiento

Daniel González Delgado

EL RENACIMIENTO

GESTACIÓN

Estoy nervioso, más de lo normal. No dejo de contar los días para empezar en mi nueva escuela.

En mi casa últimamente las cosas están un poco revueltas. Mi mamá no deja de llorar, y discute todos los días con papá. Yo sé que él no quiere que yo vaya, que no debería estudiar allí porque no está hecho para mí, o eso es lo que le he oído gritar.

Soy consciente de mi situación, conforme crecí fue mi padre quien, en su afán de dar siempre una dosis de realidad, intentó explicarme que yo era distinto a los demás, que nací con unos problemas que me harían llevar una vida con ciertas limitaciones. Desde entonces noté algo que siempre estuvo ahí, pero de lo que yo no fui consciente. Era esa súper protección, ese aislamiento por parte de todos, hasta por mis padres. Yo no quería eso, cada noche soñaba con poder normalizar mi situación, deseaba que algún día me mirasen igual que al resto, que supiesen que podía ser un adulto también. Pero cada mañana todo seguía igual.

Hasta que fue mi madre quien, con ese apoyo incondicional en mí, movió cielo y tierra para que yo pudiese entrar a estudiar. Porque no es tan fácil para un chico como yo optar por esta oportunidad. Ella siempre me dijo que si quería ir, debía hacerlo, que aunque sea diferente a los demás podría llegar a ser como uno de ellos. Yo ya le he dicho que a mí no me gusta que me digan que soy diferente ni tampoco especial, sé que parece que no puedo hacer muchas de las cosas que hace la mayoría, pero al final no dejo de ser un chico más, y creo que ahora podré demostrarlo.

Mi hermana, en cambio, me define como único, y eso sí que me gusta. Ella me cuenta que de pequeño los médicos afirmaban que no podría ir a un colegio normal porque jamás iba a aprender a leer y a escribir, y al final he logrado hacerlo. Siempre tardo mucho más tiempo que los otros niños, pero me gusta intentarlo todo, y al final lo he conseguido. Ahora de hecho, me apasiona leer, sobre todo historias fantásticas sobre personas con súper poderes que atrapan a los villanos. ¡Siempre he querido hacer lo mismo! Es mi mayor sueño. Y me han dicho que en este colegio podré estudiar sobre cómo detener y encerrar a los malos, quizás por eso me he esforzado tanto para poder ir.

Ahora mi hermana tampoco deja de llorar, pero me ha dicho que es porque está orgullosa de mí, que estoy a punto de hacer algo increíble, que me convertiré en un héroe para muchas personas. Ojalá fuera un héroe, yo solo pienso en romper mi pequeña burbuja, esa que me lleva recluyendo toda mi vida, y empezar a estudiar en este nuevo colegio al que llaman Universidad.

DILATACIÓN

No aguanto más. Llevo ya un par de años estudiando. Lo suficiente para darme cuenta que no puedo pretender ser como los demás. Ni lo soy ni lo seré. No avanzo al ritmo que debería y no termino de encontrarme a gusto.

Aún recuerdo el primer día de Universidad, era como volver al instituto. Todos los dedos me señalaban a mí, recordándome lo distinto que era a ellos. Cuando alguien se acercaba a hablarme, por un segundo, llegaba a sonreír, creándose en mí un halo de esperanza por

encontrar a alguien al que pudiese llamar amigo. Pero nada más lejos de la realidad. Me cansé de escuchar en todos y cada uno de mis compañeros las mismas palabras una y otra vez: ¿Te has perdido? ¿Dónde están tus padres? Era sorprendente como nadie me veía como un alumno más. Otros simplemente se acercaban disimuladamente a reírse. La misma risa que se escuchaba cada vez que hablaba en clase, cada vez que me veían en una esquina de la biblioteca estudiando. La misma que resonaba en los pasillos cuando salían las notas y suspendía. ¿Por qué si había más gente que tampoco aprobaba, la mía causaba gracia? Y cuando aprobaba... Mis motivaciones, mis méritos, todo desaparecía al instante. Me miraban con tirria, me hacían pensar, y así lo acabé creyendo, que todos mis aprobados eran gracias a mi condición. Es cierto que no debería sorprenderme, llevo toda mi vida acostumbrado a ello, pero por alguna razón pensaba que aquí sería diferente, y quizás es la decepción la que me ha llevado hasta el punto de querer dejarlo todo. De rendirme.

En mis primeros meses, buscaba refugiarme en las clases, buscando cualquier atisbo de aprobación por parte del profesor, pero fue decepcionante. No eran capaces de concebir que yo fuera capaz de sacarme una carrera. Eran esos prejuicios los que hacían que dejara de creer en mí. Tan solo buscaba que me aceptasen, que valorasen mi esfuerzo como a cualquier otro, no que se molestasen en pensar si sería capaz de llegar al nivel de mis compañeros. Si ellos no creen en mí, y no me consideran uno más, ¿realmente puedo alcanzar la motivación suficiente para lograrlo? Si un profesor duda de las capacidades de un alumno, y se lo hace saber, ¿no sería esa una actitud repulsiva?, ¿acaso ven en mí la excepción? Presumen de tener a alguien como yo en su institución, pudiendo demostrar que todos podemos tener las mismas oportunidades, pero luego no son capaces de normalizarlo. Al final me he dado cuenta que cuanto más hablan de integración, más te hacen sentir diferente.

Mi padre había tenido la razón todo este tiempo, él sabía que el mundo aún no estaba preparado para lo que yo pretendía hacer. Me ha dicho que nunca es tarde para dar marcha atrás, que no hay necesidad de sufrir de esta manera. A veces lo de cumplir sueños no está hecho para todo el mundo. Puede que, como dice papá, haya pecado de ambicioso. Seguiré recibiendo ayudas, sé que muchas asociaciones intentarán darme algún puesto de trabajo en el que pueda desarrollar parte de mis capacidades y conseguir así un soporte económico. Quién sabe si llegaré a independizarme.

Ahora necesito más que nunca el apoyo de mi hermana. Eso de que se haya ido a cursar fuera sus estudios durante todo un año lo he notado anímicamente. Sé que está feliz, y ojalá yo pudiese optar a hacer lo mismo alguna vez, pero la echo de menos y ojalá no se hubiese ido. Siempre ha sido mi mayor apoyo, me encantaba tumbarme en la cama con ella, escuchar sus consejos y reírme con sus bromas estúpidas con las que olvidaba todos mis problemas. Ayer le conté que finalmente dejaría los estudios, pero la pillé ocupada y me dijo que ya me llamaría. Aún sigo esperando.

Por otro lado, mi mamá no ha querido opinar del asunto. Me ha dicho que ya soy lo suficientemente maduro como para tomar mis propias decisiones. Que si tanto he deseado que me traten como un adulto tengo que empezar a demostrarlo. En parte es verdad, pero llegados a este punto solo noto el apoyo de mi padre, y quizás echo en falta ese cariño incondicional de mi madre. Por alguna razón, se hace la fuerte y me dice esas cosas, pero oigo como todas las noches llora en su habitación, no ha vuelto a ser la misma desde que conté lo mal que lo estaba pasando en las clases. La veo más decaída, nunca fue la alegría de la casa, pero siempre se levantaba con una sonrisa todas las mañanas. Yo sé que soy el culpable de que

esté así. Posiblemente no sea lo suficientemente fuerte como ella y la haya decepcionado. O puede que, como me decía mi hermana, ella no quiere verme sufrir más, pero tampoco soportaría ver como dejo mis estudios por culpa de los demás.

EXPULSIÓN

Intensa. Así ha sido esta etapa de mi vida que hoy finalmente se cierra. No puedo dejar de reflexionar en estos momentos. Es imposible no pararme a pensar cómo he llegado aquí, cómo las cosas cambiaron tanto de un día para otro. Nunca olvidaré aquella llamada, esas palabras que inundaron mis oídos para luego desbordarse en mí en forma de lágrimas. Gracias hermana. Tras aquel discurso, no tardé en comprender, al fin, esa famosa fórmula del éxito: *(conocimiento+habilidad)*actitud*. Si bien es verdad que los primeros aspectos pudiesen estar mermados por mi condición, no era menos cierto que la actitud es algo que nada ni nadie te puede quitar por nacimiento. Yo había llegado a la Universidad por mi actitud, y esa cualidad que pude desarrollar más que muchos de mis compañeros, era la que tenía que seguir manteniendo. No valía rendirse. Era triste ver como mis esfuerzos pasados no se verían recompensados por no ser capaz de superar ciertos comentarios de personas que no merecían mi atención. No podía dejar de perjudicarme a mí mismo, y tampoco podía seguir viendo como mi madre sufría en silencio. Así pues en aquel momento, y para sorpresa de mi padre, retomé mi sueño, aquel por el que tanto había luchado antes.

Con el paso del tiempo también encontré el apoyo que jamás pensé que conseguiría. Ser universitario te posibilita el acceso a la cultura, el conocimiento y el saber. Pero además te da la oportunidad de convivir y conocer a todo tipo de personas y, finalmente, fui a dar con ese

reducido número de compañeros a los que de verdad pude llamar amigos. Dos personas que me hicieron madurar y ver la vida de otra manera. Los conocí a la vez, uno de esos muchos días en los que me encerraba en la biblioteca a refugiarme de todo el mundo, mientras intentaba pausadamente digerir todo el nuevo temario dado durante el día. Ahí estaba yo, abstraído de todo cuanto había a mi alrededor, hojeando todas las páginas de aquel libro que amenazaba con arrebatarme el resto de las horas libres del día. Hasta que aparecieron ellos. Así sin más. Preguntándome si les podía ayudar en una de las asignaturas. Acostumbrado a ello, mi primera reacción fue mirar para otro lado, y hacer caso omiso a sus palabras, esperando oír las típicas carcajadas de siempre. Pero no. Allí estuvieron, reformulando la pregunta y esperando una respuesta. Obviamente les dije que sí. Alguien como yo, en mi cuarta convocatoria, dando clases a dos compañeros de mi clase, probablemente más listos y mucho menores que yo; quién me lo iba a decir. Aquel fue el comienzo de una larga amistad.

Tengo que admitir que con el paso de los años, conforme se acostumbraban a mi presencia en la facultad, cada vez eran menos los compañeros que me miraban diferente, y más los que me miraban con agrado e incluso hasta con admiración, o eso decían. Quizás era todo cuestión de tiempo, o simplemente el cambio de actitud de uno mismo a veces puede influir a niveles de los que uno no puede llegarse a imaginar.

Y aquí me encuentro ahora, delante de mis profesores y compañeros, de mis amigos y de mi familia. En frente de tanta gente a la expectativa de este momento. Me tiemblan la manos, se me tensan los músculos y no consigo controlar la respiración. Trago saliva, nunca había tenido la boca tan seca. Agarro el papel y miro al público. Había llegado el momento.

“Estoy nervioso, más de lo normal. Hace años atrás se me hacía impensable estar aquí, graduándome con esta maravillosa clase y más imposible aún, era pensar que sería yo el encargado de dar este discurso. Pero la vida me ha llevado hasta este momento. Y digo la vida porque soy consciente que no ha sido solo obra mía. Si hay una cosa que he aprendido en estos años, es que toda la comunidad universitaria es la que hace posible que todos estemos aquí. Desde el simple auxiliar administrativo hasta el profesor; desde los compañeros de clase hasta el propio Rector. Cada uno, a su manera, nos intenta facilitar el camino. Un camino que, por supuesto, depende de nosotros mismos encauzarlo. Al principio me engañé, creyendo que todos me rechazaban, pero era yo el que, obsesionado con ello, no permitía evidenciar que, tras las conductas de compañeros y profesores, no aguardaba nada hostil, simplemente, mostraban la actitud de una persona que no estaba familiarizada para tratar con alguien como yo. Doy gracias pues a mis amigos por abrirme los ojos con todo esto, y sobre todo por hacerme ver que esta etapa que ahora finaliza no se volverá a repetir, que al final no todo se resume en el día de hoy, en el que todos oficialmente tenemos un título, sino en todo lo vivido anteriormente. En ese recorrido que ha durado años, en mi caso mucho más de lo que me gustaría, y en donde deberíamos haber aprendido a disfrutar del camino, de todas y cada una de las vivencias, porque al final lo que te hace crecer como persona no son solo hojas en blanco esperando ser rellenas en la mayor brevedad posible, sino las interacciones con cada una de las personas con las que he compartido estos últimos años. Gracias también a mis profesores por enseñarme y hacerme saber que incluso ellos aprendieron conmigo; y a mi familia, como pilar fundamental, por apoyarme en los buenos y malos momentos, pensando siempre en lo que sería mejor para mí. Gracias, en suma, a todos los presentes. Gracias por hacerme comprender que nunca hay que rendirse. Porque todo, tarde o temprano, se puede lograr. Y quién mejor que yo, para hacérselo creer.”

Hablé más de la cuenta. Pero ahí estaban, de pie aplaudiéndome, dedicándome una sonrisa que deseé que nunca acabase. Hubo alguien, sin embargo, que rápidamente dejó de aplaudir. Era mi padre, quien no dejaba de mirar el suelo, intentando disimular lo que nunca pensé que pudiese ver en él. Se le escurría una lágrima tan contagiosa que no tardó en afligirme a mí. Se había emocionado y yo me emocioné con él. Caí en un profundo llanto; sentí enseguida como me arropaban mis compañeros; como desde la lejanía se acercaban mi madre y mi hermana; como en el pabellón no dejaba de resonar el clamoroso sonido de los aplausos; dejé, por un instante, de ser consciente de todo a mi alrededor. Estaba siendo el día más feliz de mi vida.

ALUMBRAMIENTO

Hoy me encuentro estudiando en el extranjero. En aquel país tan gélido que me había recomendado tanto mi hermana cuando estuvo hace unos años. Mi nuevo reto es independizarme y estudiar inglés. A la vez, podré disfrutar de una beca para un prestigioso máster *online* especializado en Criminología. El haber sido una de las primeras personas con síndrome de Down en tener una carrera me ha abierto bastantes puertas. Me costó mucho alejarme de mi familia y de mis amigos, incluso de toda esa gente que en las calles durante meses se aglutinaba a mi alrededor, dándome las gracias por servir de inspiración a sus hijos. Decían que yo era como un héroe para muchas personas. Ojalá fuera un héroe, yo solo quería demostrar a la sociedad que nadie es inferior a nadie, y que cada una de las personas que como yo sufren de alguna discapacidad, tienen motivos para pensar igual. Porque los límites están en la mente de uno mismo, y esos obstáculos que parecen desafiarnos perpetuamente no son más que el reflejo de excusas que nos ponemos con el fin de no esforzarnos más, de creer que no somos capaces. Y realmente lo somos. Tú y yo. Sea cual sea nuestra condición.

